

## CAPITULO ONCE

# *LA VERDAD QUE NOS HACE LIBRES*

Hasta este punto, nos hemos dado cuenta que hemos creído algunas de las mentiras que hemos tratado. Algunas son: “No tengo tiempo para cumplir con todas mis obligaciones”. “Puedo pasar por alto mi tiempo con el Señor esta mañana”. “No puedo controlar mis emociones”. “Me porto de ese modo porque estoy tan cansada”. “Tengo tanto que hacer”. “¡Ya no puedo más!” Una y otra vez, en momentos turbulentos, confusos y dolorosos, Dios ha encaminado nuestro corazón de nuevo en la verdad. A medida que la escuchamos, meditamos en ella, la creemos y sometemos nuestra vida a ella, el Espíritu de Dios nos hace libres. Nuestra mente, y nuestras emociones recobran el equilibrio y podemos ver las circunstancias de nuestra vida desde el punto de vista de Dios. A medida que avanzamos en nuestro andar con Dios ¡más admiramos el poder de la verdad!

Ya hemos visto muchas de las mentiras de Satanás y la verdad que las contrarresta. En este capítulo final subrayaremos veintidós verdades esenciales para que las mujeres las crean y abracen en la actualidad. Estas constituyen una base firme y un muro de protección para nuestra mente, nuestras emociones y nuestra voluntad. Es la verdad lo que nos hace libres. Repasemos una vez más estas verdades liberadoras y transformadoras. Declaremos la verdad en voz alta, hasta que nuestra manera de pensar se conforme al pensamiento de Dios. En los próximos días, propongámonos a recordar y revisar esta lista cada vez que descubramos alguna mentira en nosotras. Renovemos nuestra mente. Que nuestro corazón se adiestre en la verdad.

**1. Dios es bueno (Sal.119:68; 136:1).** Si el sol brilla, tienes dinero en el banco, gozas de buena salud y todo el mundo piensa que eres maravillosa, no resulta difícil creer que Dios es bueno. No obstante, si pierdes tu empleo, un ser querido padece una enfermedad mortal, tu iglesia atraviesa una penosa división, o tu esposo dice que quiere separarse de ti, Satanás intervendrá en tu vida para que pongas en duda la bondad de Dios. **La verdad es que sin importar las circunstancias, lo que sintamos o pensemos, Dios es bueno, y todo lo que Él hace es bueno.**

**2. Dios me ama y quiere lo mejor para mí (Ro.8:32,38-39).** Dios no nos ama porque seamos adorables o dignas, sino porque Él es amor. Nada en absoluto podemos hacer para merecer o ganarnos su amor. No podemos comprender semejante amor incondicional. Con todo, si lo creemos y lo recibimos, su amor transformará nuestra vida. Puesto que Dios es bueno y nos ama con un amor perfecto, podemos confiar en que desea que disfrutemos todo el gozo que Él ha planificado darnos. Él sabe bien que la plenitud y el gozo genuino y duradero solo lo encontraremos en Él. Nos ama tanto que persiste en hacernos volver a Él, pues solo en Él gozaremos de una vida plena.

**3. Yo estoy completa y soy acepta en Cristo (Ef.1:4-6).** Tal vez hayas sido rechazada por uno de tus padres, por tu pareja, por un amigo o por tu hijo. No obstante, si estás en Cristo, eres acepta en Él. No se requieren logros para lograr su aceptación. No tenemos que pasar todo tipo de pruebas espirituales. De hecho, nada podemos hacer para que Dios, que es santo, nos acepte. A pesar de nuestra condición caída, en condenación e indignidad por el pecado, podemos estar delante de Dios limpias y sin vergüenza, aceptadas por Él. ¿Por qué? Porque Jesús, siendo el Hijo de Dios sin pecado y puro, es aceptable ante Él, y es en Él que podemos permanecer delante del Padre.

**4. Dios es suficiente (Sal.23:1).** “Jehová es mi pastor; nada me faltará” tal vez conozcas este versículo. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿En realidad lo crees? ¿En realidad crees que Él es tu pastor? **La verdad es que si lo tenemos a Él, tenemos todo lo que necesitamos para gozar de paz y felicidad en el presente.**

**5. Dios es digno de confianza (Is.28:16).** Dios cumple sus promesas. Él prometió que nunca nos dejará ni abandonará (**He.13:5**). Prometió que todos los que confían en Él nunca serán defraudados. ¡Dios nunca nos ha defraudado, y no va a hacerlo ahora!

**6. Dios no comete errores (Is.46:10).** Otras personas pueden cometer errores que perjudican nuestra vida. En cambio, Dios siempre cumple sus propósitos eternos, los cuales no pueden ser estorbados por las faltas humanas. Si estamos en Cristo, nuestra vida está en sus manos y nada puede tocarnos sin antes haber pasado “por sus manos amorosas”. Aunque Job sufrió lo indecible y padeció por causa de todos esos malignos ataques, Dios tenía el control de toda la situación. Satanás tenía que pedirle a Dios autorización para tocar a su siervo. Dios determina la intensidad y la duración del sufrimiento. Él no comete errores en la vida de cada uno de sus hijos. Alguien dijo: “La voluntad de Dios es justo lo que escogeríamos si supiéramos todo lo que Dios sabe”. Aquel día en el que desde la eternidad recordemos esta existencia terrenal, sabremos por vista lo que ahora solo podemos ver por la fe: Que todo lo hizo bien.

**7. La gracia de Dios es suficiente para mí (2Co.12:9).** Como hijas de Dios nunca enfrentaremos situaciones que excedan su gracia. Allí donde el pecado abunda la gracia sobreabunda. En lo que somos débiles, Él es fuerte. Lo que a nosotras nos falta, Él lo tiene en abundancia. Los recursos que en nosotras se extinguen, en Él son inagotables. **La verdad es que no importa lo que vivas ahora. Su gracia es todo lo que necesitas. Sin importar lo que enfrentes mañana o en los próximos cincuenta años, su gracia será suficiente para ti.** Su gracia es suficiente para tratar con los recuerdos, las heridas y los fracasos del pasado más aterrador o vil. Su gracia es suficiente para llevar una vida entera de soltería o medio siglo de matrimonio con un hombre inicuo. Su gracia es suficiente para una madre soltera que cría cuatro hijos, para la mujer que cuida a sus padres ancianos, para la mujer incapacitada físicamente que vive en un hogar para ancianos. Necesitamos declarar la verdad para nosotras mismas, y confesarla delante de otros. En toda circunstancia o etapa de la vida, su gracia es suficiente para todas.

**8. La sangre de Cristo es suficiente para limpiar todo mi pecado (1Jn.1:7).**

Todos los pecados que he cometido o que podría cometer pueden ser perdonados y limpiados por el sacrificio de la sangre de Jesús, que es suficiente. Esto no significa que debamos tomar a la ligera el pecado. Antes bien, debería conmovernos y humillarnos en nuestro espíritu el saber que nuestro pecado causó el derramamiento de la sangre del Señor Jesús. Asimismo, debería motivarnos a tomar la determinación de elegir el camino de la obediencia por el poder de su Espíritu Santo que mora en nosotros. El salmista comprendió ambas cosas: La inmensidad de su pecado y la supereminente grandeza de la misericordia hacia el pecador arrepentido. “JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado” (Sal.130:3-4).

**9. La cruz de Cristo es suficiente para vencer mi naturaleza pecaminosa (Ro.6:6-7).**

Gracias a la muerte de Cristo y a mi unión con Él he sido liberada del dominio y del poder del pecado. Ya no soy esclava del pecado. Si peco no es porque sea incapaz de evitarlo, sino porque cedo a las exigencias de mi antiguo amo. La verdad es que no estoy forzada a pecar (Ro.6:14).

**10. No hay razón alguna para vivir atormentada por mi pasado (1Co.6:9-11).**

Qué bonito es el pasaje en el cual Pablo enseña esta verdad a un grupo de creyentes, algunos de los cuales tenían un pasado bastante intrincado. Les recuerda que el pecado nos separa de Dios, y luego los anima diciéndoles que por medio de Cristo el peor de los pecadores puede ser limpio y renovado. Es probable que hayas sido adúltera, asesina, alcohólica, lesbiana o que hayas abortado o cometido inmoralidad. Tal vez fuiste esclava de la comida, de la ira o del orgullo. No obstante, si estás en Cristo, ya no eres lo que solías ser. Ya no eres la misma persona. Has sido limpiada por la sangre de Jesús, apartada para sus propósitos santos y declarada justa a los ojos de Dios. **La verdad es que nuestro pasado, la crianza que recibimos, los agravios que hemos recibido y que hemos cometido contra otros, no tienen por qué convertirse en obstáculos. De hecho, por la gracia de Dios en realidad pueden convertirse en la escalera que nos lleve a una mayor victoria y fructificación.**

**11. La Palabra de Dios es suficiente para guiarme, enseñarme y sanarme (Sal.19:7; 107:20; 119:105).**

Muchos creyentes de esta generación han perdido su confianza en el poder de la Palabra de Dios para transformar vidas de forma definitiva y duradera. Consideran las Escrituras como un recurso después de haber ensayado un sinnúmero de cosas más. **La verdad es que la Palabra de Dios es viva y eficaz, es medicina para el corazón afligido y paz para las mentes atormentadas. Es lámpara a nuestros pies y luz en nuestro camino. Todo lo que necesites y en cualquier circunstancia se encuentra en la Palabra de Dios, pues es suficiente para suplirlo. Además, es suficiente para suplir las necesidades de nuestros seres queridos.** Las personas que nos rodean, que están heridas y desvalidas no necesitan escuchar nuestra opinión ni nuestras sugerencias. Necesitan saber lo que Dios dice. Necesitan conocer sus mandatos, sus promesas, y sus caminos. Si en realidad queremos ayudar a las personas debemos señalarles dónde encontrar la verdad. Luego, es oración y con amor debemos mostrarle la forma de ponerla en práctica en su situación particular.

**12. Dios me da el poder para hacer todo lo que Él me ordena gracias a su Espíritu Santo (1Ts.5:24; Fil.2:13).** Junto con el mandato, Dios nos concede su gracia para obedecerlo en dependencia de Él. Eso significa, por ejemplo, que:

- ❖ Es posible perdonarlo todo (**Mr.11:25**).
- ❖ Es posible amar a todas las personas (**Mt.5:44**).
- ❖ Es posible dar gracias en todo (**1Ts.5:18**).
- ❖ Es posible estar contento en cualquier circunstancia (**He.13:5**).

El asunto no es que sea imposible obedecer a Dios, perdonar a uno de nuestros padres por herirnos tanto, amar a un colega en el trabajo, dar gracias en medio de la tormenta o contentarnos con nuestro apartamento de una sola habitación. El asunto es si decidimos perdonar, si estamos dispuestas a amar, si queremos dar gracias y estar contentas con lo que Dios nos ha dado. La obediencia es una elección que se hace en dependencia del poder sobrenatural de Dios. Gracias al poder del Espíritu Santo podemos decidir perdonar, permitir que su amor fluya hacia otros por medio de nosotras, dar gracias en toda circunstancia y estar contentas.

**13. Yo soy responsable ante Dios de mi conducta, mis actitudes y mis elecciones (Ez.18:19-22).** Una de las verdades liberadoras es que Dios no me pide cuentas por las acciones de otros, sino que yo era responsable de mi actitud hacia ellos, sin importar cómo me hayan tratado. Tal vez seamos incapaces de controlar las circunstancias que vienen a nuestra vida. No pudimos elegir el hogar en el que nacimos, ni nuestra apariencia física, ni la crianza que recibimos, ni muchos otros factores que afectaron y moldearon nuestra vida. Sin embargo, por la gracia de Dios no tenemos que ser víctimas. Podemos controlar nuestra reacción ante las circunstancias que Él ha permitido. Si dejamos de culpar a otros y a las circunstancias por las conductas pecaminosas o los hábitos incorrectos en nuestra vida, comenzaremos a aceptar la responsabilidad personal de nuestras decisiones y seremos liberadas del sentimiento de ser víctimas indefensas. Seremos libres para obedecer a Dios en medio de cualquier circunstancia.

**14. Cosecharé lo que siembre (Gá.6:7-8).** Las decisiones que tomemos hoy tendrán consecuencias más adelante, no solo en nuestra vida, sino en la vida de las generaciones subsiguientes. Cada elección egoísta, pecaminosa o permisiva que hago hoy siembra una semilla que rendirá su cosecha más adelante. Y cada acto de obediencia es una semilla que rendirá una cosecha de bendición en mi vida y en la vida de los que me rodean. Pocas veces la cosecha se produce de inmediato. No obstante, tarde o temprano llega.

**15. El camino al gozo verdadero consiste en rendir nuestra vida al gobierno divino (Mt.16:25; Lc.1:38; 1P.5:7).** Como hemos visto, uno de los resultados de la caída es que como mujeres tendemos a controlar. En miles de formas visibles o encubiertas, tratamos de ejercer control sobre otros y sobre nuestro entorno. El hecho es que sin importar cuánto nos esforcemos por lograrlo, no conseguimos tenerlo. Con todo, persistimos en luchar, manipular, inquietarnos y dominar. Todo nuestro esfuerzo por controlar lo que de todas formas está por fuera de nuestro control resulta vano. La única

forma de experimentar la libertad y la paz verdaderas es entregar las riendas de todo, entregarle a Dios el control de todas las cosas y creer que podemos confiar en Él para manejar nuestra vida. Pero, ¿por qué resulta tan difícil dejar que Dios sea Dios? ¿Por qué es tan complicado dejar en sus manos el control del universo? **La verdad es que Él es quien controla. Él nos ama, nunca se queda dormido y nada se le escapa.** Si rehusamos entregarle el control de todo en realidad usurpamos su trabajo. El camino a la libertad es entregar todo el control de nuestra vida, de las circunstancias, y de nuestra familia. Solo entonces veremos a Dios hacerlo Él, y nadie más, puede hacer.

**16. La mayor libertad que puedo experimentar radica en la sumisión a la autoridad ordenada por Dios (Ef.5:21).** Si nos rebelamos contra la autoridad somos más susceptibles a los ataques de Satanás y a pecar, así como Eva pecó al obrar por fuera de la autoridad de su esposo. Por otro lado, si ocupamos el lugar en el que Dios nos ha puesto bajo autoridad, Él nos concede su protección y puede actuar con libertad en la vida de quienes están en autoridad sobre nosotras. Asimismo, damos testimonio al mundo de la belleza del orden divino, proclamamos el justo gobierno de Dios sobre el universo, resistimos a Satanás en su intento por usurpar el trono divino y colaboramos con Dios en el establecimiento de su reino.

**17. Según el designio divino no hay un llamado más sublime y santo para la mujer que ser esposa y madre (Tit.2:4-5).** Solo es posible encontrar la satisfacción y el gozo genuinos al descubrir la razón por la cual Dios creó, y en seguida adoptar ese propósito y designio. Dios diseñó a la mujer para que fuera una ayuda para su esposo y una dadora y criadora de vida. El matrimonio y la maternidad constituyen la voluntad de Dios para la mayoría de las mujeres. El llamado de Dios para la mujer se centra en su papel en el hogar. Pablo instó a Tito a enseñarles a las mujeres jóvenes de su iglesia “a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada” (Tit.2:2-4). Para una esposa y madre no existe una carrera, prioridad, pasatiempo o relación por encima de ese llamado. Un trabajo por fuera del hogar puede ofrecer mayor satisfacción y producir mayores resultados visibles en un corto plazo. Asimismo, puede proporcionar comodidades materiales que no sería posible adquirir de otro modo. Sin embargo, no existe un llamado más elevado ni un mayor gozo que edificar un hogar, estar unida a un hombre en la misión de glorificar a Dios en este mundo, nutrir y servir a los hijos y nietos, instruir y moldear la siguiente generación, negarse a sí misma y rendir su vida por el bienestar de otros.

**18. La santidad personal es más importante que la felicidad pasajera (Ef.5:26-27).** A diferencia de la mentalidad del mundo, la felicidad en el presente no es el mayor bien y tampoco es un derecho. Dios no nos salvó para hacernos felices de manera transitoria. Él nos salvó “para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tit.2:14). El Señor Jesús no abandonó su hogar celestial, vino a esta tierra y entregó su vida a fin de que vivamos para nosotras mismas y darnos placer, sino con el propósito de liberar nuestra vida para Dios, pues para gloria suya fuimos creadas. Algunas veces elegir el camino de la santidad demanda sacrificar nuestra propia comodidad y provecho. Sin embargo, cualquier sacrificio que hagamos es pasajero e incomparable al gozo

y la plenitud que disfrutaremos en la eternidad. Solo si buscamos la santidad podremos experimentar la felicidad verdadera.

**19. Dios se interesa más por cambiarme y glorificarse que por solucionar mis problemas (Ro.8:29).** Cada vez que enfrentamos problemas nuestra tendencia natural es pedir una solución. Si no reconocemos y aceptamos con gozo los propósitos de Dios y su trato con nuestra vida, nos limitaremos a buscar la salida para nuestros problemas. Nos sentiremos desalentadas y enojadas cada vez que Dios no “colabora” con nuestro plan. **La verdad es que Dios no existe para solucionar nuestros problemas. Eso no significa que no se interese por nuestros asuntos, pues sí lo hace. No obstante, cada prioridad en nuestra vida debe someterse a su perspectiva divina.** Lo que más le interesa a Dios es que cada ser creado refleje su gloria. Su plan consiste en hacer todo lo necesario para que seamos conforme a su imagen. Algunos de los problemas que más nos fastidian son en realidad los instrumentos que Él emplea para cumplir su propósito supremo en nuestra vida. Pedir una solución o huir de un jefe insoportable, de una crisis financiera, de una enfermedad, de un matrimonio desastroso, puede llevarnos a perder el supremo bien que Él busca traer a nuestra vida. Es una insensatez y una falta de perspicacia rechazar o rebelarse contra los problemas que hacen parte de su plan para moldearnos a la imagen de su hijo.

**20. No es posible alcanzar la santidad sin el sufrimiento (1P.5:10).** El sufrimiento adquiere un nuevo significado si comprendemos que es una herramienta esencial en las manos de Dios para hacernos semejantes a Jesús. El proceso de santificación se lleva a cabo en la medida en la que abrazamos el sufrimiento en vez de huir de él o desecharlo. En **Jeremías 48:11** encontramos una imagen clara de lo que ocurre si no le permitimos al sufrimiento obrar en la purificación en nuestra vida. En la época de Jeremías el proceso de producción del vino consistía en vaciar el jugo de uvas en un odre que luego se dejaba reposar durante varias semanas hasta que los sedimentos amargos quedaban en el fondo. Luego se vaciaba en otro odre para separar más sedimentos. El proceso se repetía vez tras vez hasta que todos los sedimentos habían sido extraídos y el vino era puro y dulce.

La historia de la nación de Moab se había caracterizado por una relativa calma y comodidad. No había sido sometida al proceso purificador de “vaciarla” de un sufrimiento a otro. Como resultado, conservaba los sedimentos amargos y turbios de su pecado. Es por eso que la Palabra dice que “su olor no se ha cambiado”. El sufrimiento es el medio que Dios utiliza para vaciarnos de vasija en vasija, de “perturbarnos” a fin de que los sedimentos del egoísmo y del pecado salgan de nosotras hasta que el vino puro y dulce de su Espíritu Santo sea lo único que permanezca.

**21. Mi sufrimiento no es eterno (2Co.4:17-18).** Al ver que somos probadas en el fuego vez tras vez y que somos “vacías” de vasija en vasija, nuestras emociones nos hacen pensar que el proceso durará para siempre. En ese momento necesitamos traer a la memoria la verdad: El proceso tiene un final. No será eterno. Todo sufrimiento tiene un propósito y es planificado por Dios. Él traza un objetivo específico para nuestro sufrimiento. Él sabe con exactitud la intensidad y la duración necesarias para llevar a cabo su propósito en nosotras. Y no permitirá que el sufrimiento dure más o sea más fuerte de lo necesario para cumplir su voluntad. Dios promete que algún día “ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor...” (**Ap.21:4**). Así pues, amada hija de Dios, aunque tus ojos se llenen de lágrimas y parezca que no hay esperanza, ánimo. Levanta tu cabeza, da gracias,

persevera, y sabe que pronto tu fe recibirá la recompensa de ver a aquel que promete acompañarte hasta el final.

**22. ¡Yo no soy el centro de todo, Él lo es! (Col.1:16-18; Ap.4:11).** Con frecuencia se necesita recordar que este mundo no fue creado para girar alrededor de mí. El universo entero, incluso tú y yo, fue creado para girar alrededor de aquel que está arriba, soberano, sentado en su trono. Los propósitos y planes eternos de Dios son mucho más importantes que las nimiedades que ocupan nuestra mente. El estado de mi cuenta bancaria, mis dolores y penas, mis sentimientos heridos, mis necesidades y deseos... todos palidecen y se ven insignificantes cada vez que recuerdo que “no soy yo quien importa, sino Él, y solo Él”.

A fin de poder mantener una actitud apropiada frente a las circunstancias de la vida, primero debemos tener muy clara esta cuestión: ¿Cuál es mi propósito en la vida? Si nuestra meta es ser felices y ser aceptadas o amadas, entonces cualquier amenaza a nuestro bienestar será considerada como un enemigo, un obstáculo para cumplir nuestro objetivo. Por otro lado, si nuestro pensamiento se conforma al de Dios y reconocemos que la razón de nuestra existencia es su gloria y gozo, podemos aceptar cualquier circunstancia en nuestra vida como parte de su voluntad y propósito soberanos. No desecharemos, ni rehusaremos, ni nos rebelaremos contra las dificultades, sino que las aceptaremos como amigas, como enviadas de Dios para hacernos más como Jesús y glorificarlo en mayor medida. Entonces podremos ver su rostro y decir:

*“No soy yo quien importa. Solo Tú.  
Si esto te agrada, me agrada a mí. Lo único  
Que me importa es que seas glorificado”*

